

¡LA RESISTENCIA POPULAR TRIUNFARÁ!

En ese preciso instante, también el MIR vaciló. Con los obreros en las calles, y los militares replegados y a la espera de novedades, la chance de tomar la iniciativa política estuvo latente. Actuar de inmediato era una opción: detener a los golpistas, ocupar algunas unidades militares y entregar el armamento a las brigadas milicianas para pasar a la ofensiva junto al sector más radical de la UP. Pascal Allende explica la dualidad de la dirección mirista: "Si teníamos éxito, lograríamos un atajo que aceleraría la acumulación de fuerzas y generaría una situación revolucionaria, pero si nos equivocábamos, el retroceso sería enorme. En la duda, preferimos esperar. A veces pienso que hicimos bien, otras me parece que por esa decisión perdimos la iniciativa estratégica".

En todo caso, y por parte de la UP en el gobierno, la respuesta definitiva que zanjó la controversia le correspondió a Salvador Allende. Su política a partir del "tanquetazo" estuvo marcada por las concesiones para intentar un acuerdo con la Democracia Cristiana, la desmovilización de masas provocada para calmar los ánimos de la derecha, el llamado a devolver las empresas ocupadas, el freno a la formación de órganos de poder popular y la tolerancia para que las Fuerzas Armadas integraran el gabinete. Las manifestaciones de debilidad se multiplicaban al mismo ritmo en que la crisis se agudizaba. Amparados en la Ley de Control de Armas que el oficialismo debió aceptar en ese mismo contexto defensivo, los militares coparon las calles, allanaron fábricas y campos y desplegaron su poder represivo sin control, preparando las condiciones para lo que sobrevendría una vez que la derecha y sus cómplices se organizaran y se unificaran detrás de un mismo proyecto. Sin embargo, ni las medidas conciliatorias con la oposición ni la capitulación ante la jerarquía militar evitaron la tragedia que ya se vislumbraba. Una vez más, el dilema histórico entre reforma y revolución se resolvía a sangre y fuego. Una vez más, las previsiones del MIR se cumplían al pie de la letra: "El MIR rechaza la teoría de la

Español de nacimiento, el periodista Mario Amorós confiesa que conocer los sucesos de septiembre de 1973 generó un punto de inflexión en su trabajo como observador de la historia en América Latina. Autor de dos libros centrales para la memoria de la gesta militante chilena; *Después de la lluvia* y *La memoria rebelde* (donde pone el acento en los compañeros del MIR), también publicó en 2007 *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*, la biografía del cura de Valparaíso militante del MIR y, más recientemente, *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*. En esta entrevista con *Sudestada*, repasa el vínculo entre el MIR y Allende y reafirma que Enríquez fue uno de los grandes revolucionarios del continente.

—¿Cuál fue el primer impulso para comenzar a investigar para su libro *La memoria rebelde*?

—Este libro incluye la versión larga de los cinco capítulos de la represión contra el MIR que forman parte de mi libro *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida*. Además, *La memoria rebelde* reúne también un prólogo de la historiadora Claudia Videla Sotomayor sobre la evolución del MIR entre 1965 y 1975 y un epílogo de la periodista Lucía Sepúlveda titulado "La memoria del MIR", así como el texto de una ponencia que presenté en la Cátedra de Memoria Histórica del Siglo XX de la Universidad Complutense de Madrid.

El objetivo de *La memoria rebelde* (y de *Después de la lluvia...*) es dar la palabra a los familiares y compañeros de las víctimas de la represión de la dictadura del general Pinochet para recorrer aquellos años a través de sus testimonios (y de una amplia documentación y bibliografía) y probar que aquellos crímenes de lesa humanidad fueron el resultado de un proyecto político, económico, social, cultural e incluso psicológico para refundar Chile. El Chile neoliberal está construido sobre las cenizas de la "vía chilena al socialismo", sobre el sacrificio de los detenidos desaparecidos, los torturados, los presos políticos, los ejecutados, los exiliados...

—Desde su perspectiva, ¿qué representa Miguel Enríquez para la historia reciente?

—Miguel es uno de los grandes revolucionarios latinoamericanos en el siglo XX junto con Sandino, Farabundo Martí, Prestes, Fidel Castro, Ernesto Che Guevara, Francisco Caamaño, Líber Seregni, Luis Emilio Recabarren, Gladys Marín, Salvador

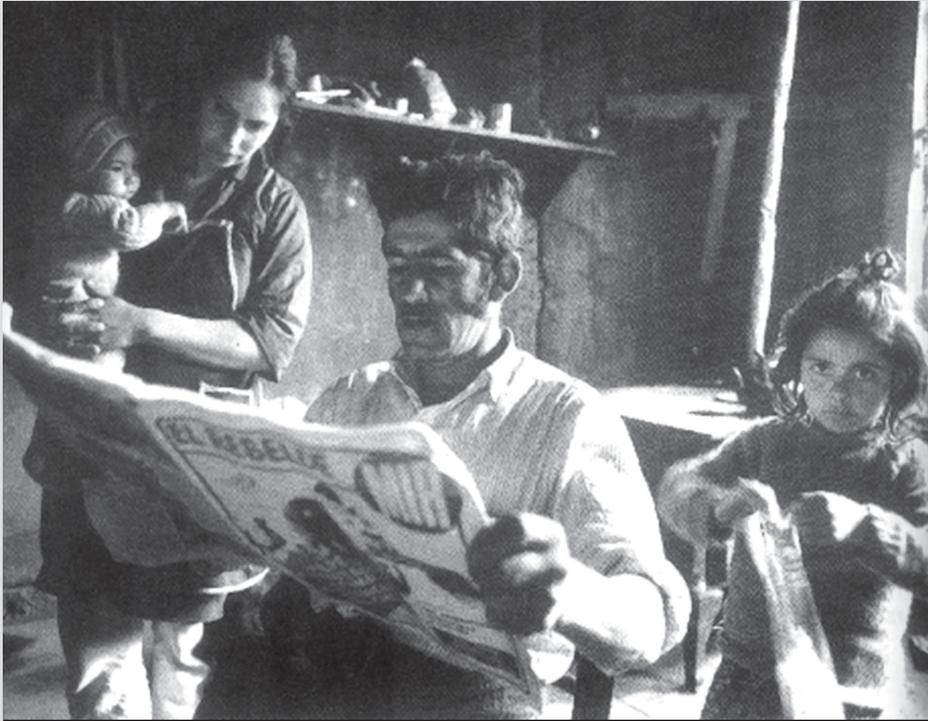
Allende... Desde muy joven, y particularmente desde la fundación del MIR en 1965, apostó de manera muy consecuente por una determinada línea política, junto con compañeros tan valiosos como Luciano Cruz o Bautista Van Schouwen. Entre 1970 y 1973, bajo su dirección política, el MIR se convirtió en un actor relevante de la revolución chilena y para la historia creo que queda, sobre todo, su aporte a la concepción y construcción del poder popular.

Como se demostró en 2004, con motivo de los treinta años de su muerte en combate contra la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), su ejemplo convoca hoy en Chile a amplios sectores y su memoria, como la de Allende y la de Gladys Marín, debiera servir para estimular el crecimiento y la unidad de la izquierda para que el movimiento popular vuelva a ser una alternativa de poder y Chile se una a los pueblos americanos que ya construyen en estos momentos una nueva era.

—Como biógrafo de Salvador Allende, ¿cómo definiría su relación con el MIR y, particularmente, con Miguel Enríquez?

—Si uno revisa la historia de la izquierda en el siglo XX, valora aún más esta relación. El MIR se fundó en agosto de 1965 (un año después de la amarga derrota de Allende ante Frei en las elecciones presidenciales) a partir de una crítica contundente a lo que llamaban la "izquierda tradicional", principalmente la línea política del Partido Comunista con la que, por cierto, Allende coincidía plenamente. Aunque el MIR no llamó a votar por Allende en las elecciones presidenciales de 1970, y no creyó ni en su victoria ni en la posibilidad de que, de producirse ésta, el candidato de la UP fuera investido Presidente de la República, en los meses previos a la votación suspendió sus acciones armadas para que la derecha no las manipulara contra Allende. Tras su victoria, éste tuvo dos gestos muy relevantes hacia el MIR: en primer lugar, encargó a este partido que constituyera su escolta personal (el GAP) y, en diciembre de 1970, aprobó un indulto que benefició a sus principales dirigentes, que estaban imputados en distintos procesos judiciales por infringir la ley de Seguridad Interior del Estado.

Durante aquellos mil días, Allende llamó en infinidad de ocasiones a la unidad de todos los revolucionarios y exhortó al MIR a abandonar su posición crítica ante la estrategia política y económica de la Unidad Popular. Nunca rehuyó la confrontación ideológica franca y abierta con este partido;



Entrevista con **Mario Amorós**

“La memoria es fundamental para construir el futuro”

al respecto, en mi libro *Compañero Presidente...* examino el debate que sostuvo a finales de mayo de 1971 en la Universidad de Concepción con el presidente de su Federación de Estudiantes, Nelson Gutiérrez, miembro del Comité Central del MIR.

En distintos momentos de aquel proceso revolucionario, Allende y el MIR mantuvieron reuniones para concertar una única línea política (uno de esos momentos fue propiciado por Fidel Castro durante su visita a Chile en noviembre de 1971). Sin embargo, desde enero de 1972, con la Declaración de Linares, las diferencias entre el MIR y el sector hegemónico en la UP (encabezado por Allende y el Partido Comunista) se expresaron casi a diario y se profundizaron. Sirvan como ejemplo las declaraciones públicas en mayo de 1972 de Miguel Enríquez y de Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, quien en una rueda de prensa habló de crisis en la UP.

Con la agudización del conflicto político en el país, el MIR y Allende discreparon sobre la estrategia que debía seguir el Gobierno, ya que el MIR se opuso al ingreso de altos

oficiales de las Fuerzas Armadas en el Ejecutivo en diciembre de 1972 (tras el “paro de octubre”) o a las negociaciones con la Democracia Cristiana para construir un acuerdo político en torno a las empresas nacionalizadas.

Me parece indudable que la división entre las fuerzas revolucionarias chilenas es una de las causas de la derrota. Sin embargo, también hay que rescatar la pluralidad de aquel proceso y que, a pesar de la tensión que caracterizó en muchos momentos las relaciones entre algunas fuerzas de izquierda, no se produjo un enfrentamiento fratricida como el que tuvo lugar, por ejemplo, en la guerra civil española. Ni siquiera la dramática y simbólica ruptura del MAPU en marzo de 1973 llevó a esto.

—¿Por qué factores estima que ni el MIR ni la UP pudieron articular una resistencia organizada el 11 de septiembre de 1973?

—Coincido con el análisis que hizo al respecto el Comité Central del Partido Comunista de Chile en agosto de 1977, en el exilio. En su informe, Luis Corvalán habló del gran “vacío histórico” de la izquierda y, en

concreto, de su partido: la ausencia de una política militar, el desconocimiento de las Fuerzas Armadas (su dependencia logística e ideológica de Estados Unidos), la incapacidad para defender, también con las armas, cuando fue imprescindible, el proceso revolucionario.

Una de las pocas parcelas que el presidente Allende se reservó para sí, en virtud de las facultades que le otorgaba la Constitución vigente, fue la relación con las Fuerzas Armadas. Durante sus mil días de gobierno, intentó incorporar a los militares a las grandes tareas del desarrollo nacional y exaltó en repetidas ocasiones su trayectoria constitucionalista. Estos argumentos podemos encontrarlos de manera reiterada en la prensa comunista de la época; de hecho, el 30 de junio de 1973 el diario *El Siglo* editorializaba que “las Fuerzas Armadas y el pueblo” habían derrotado el golpe del día anterior.

Como analizo en *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*, el MIR fue el único partido de la izquierda que intentó desarrollar una política hacia las Fuerzas Armadas, pero sus resultados fueron insuficientes. El 11 de septiembre, al sumarse el conjunto de las Fuerzas Armadas a la traición de los generales, el Gobierno y las fuerzas de izquierda fueron incapaces de articular una resistencia eficaz ante un golpe de Estado de una violencia que fueron incapaces siquiera de concebir.

—¿Cuál es el valor político o simbólico que hoy tiene la memoria, dejar registro de estas historias en el Chile de estos días?

—La memoria histórica es fundamental para construir el futuro. En concreto, para el caso de Chile, la memoria fue esencial en la lucha contra la dictadura: Allende, Víctor Jara, Miguel Enríquez y todos los compañeros desaparecidos o ejecutados estuvieron “presentes” en los combates cotidianos por reconquistar la democracia y retomar la lucha por el socialismo. Hablar hoy de Antonio Llidó o de los obreros madereros de Panguipulli, o de los trabajadores del área social, o de la nacionalización del cobre, o del medio litro de leche diario para todos los niños, o de los cordones industriales... sirve para rescatar la gran fuerza histórica del movimiento popular y plantear los desafíos que tiene hoy la sociedad chilena, transformada radicalmente por la dictadura. Quienes hablan de “superar el pasado” para “cerrar las heridas” son los sectores interesados en mantener un desorden vigente que les beneficia. ✦

'vía pacífica' porque desarma políticamente al proletariado y por resultar inaplicable, ya que la propia burguesía es la que resistirá, incluso con la dictadura totalitaria y la guerra civil, antes de entregar pacíficamente el poder...".

6. Los miristas y un par de socialistas se trepan al paredón trasero de INDUMET. Buscan saltar hacia el patio de otra fábrica, para después salir de San Joaquín rumbo a Vicuña Mackenna, con el objetivo de levantar un auto por el camino y agilizar la fuga. Miguel encabeza la columna del MIR, atenta al vuelo rasante del helicóptero de los golpistas, que ya ha detectado el plan e intenta impedir la retirada. Cuando llegan a la calle Carmen, se topan con un grupo de carabineros, que tampoco esperaba semejante encontronazo. Los miristas aprovechan la sorpresa para disparar primero. En ese momento, cualquier demora podía significar el arribo de más contingentes militares a la zona y un obstáculo insuperable para romper el cerco. Miguel y los suyos se la juegan: cruzan las calles bajo fuego enemigo, buscan mantener distancia con los carabineros sin detener el paso, parapetándose en los umbrales de las casas vecinas. El helicóptero se acerca a la zona del combate...

Por fin, el grupo rompe el cerco, pero no conoce en profundidad La Legua, la población hacia donde se dirigen. Por eso, van de frente a la boca del lobo: una comisaría ocupada por algunos pacos que disparan con ametralladora, pero sin ganas de salir a la vereda a exponerse. La vacilación de los carabineros le permite a los miristas alcanzar un Peugeot rojo estacionado. Cuando van romper el vidrio del auto, el dueño llega corriendo, con las llaves en la mano. "¡Cuídenmelo!", les pide. Andrés Pascal, conocido en el MIR como el mejor conductor de la Comisión Política, toma el volante y avanza a toda velocidad por las calles de San Joaquín. Por el camino, se cruzan con un retén callejero de las FACH, pero las ráfagas van dejando un tendal a su paso y nadie se atreve a interponerse en su camino. Ya lejos de INDUMET, Miguel se percata de que falta alguien: León, ingeniero mecánico, compañero de logística, cae herido en el tiroteo y después será capturado y desaparecido.

En tanto, los demás participantes de la reunión en INDUMET se dirigen

hacia la fábrica algodonera SUMAR, a menos de un kilómetro de distancia, donde un grupo de trabajadores aguarda las armas prometidas. En minutos, el pueblo de La Legua se suma a la resistencia como puede, sin organización ni capacidad real para detener la ofensiva militar, que se despliega ahora sobre el único foco de conflicto en todo Santiago. Allí socialistas, miristas, vecinos, obreros, estudiantes, combaten como pueden contra los chacales. La Legua guardará para siempre el relato -confuso, contradictorio, valiente- de todos los que salieron a las calles a ponerle un freno a la oscuridad. Pero no será suficiente.

Para las cuatro de la tarde, el contingente de miristas llega a la casa. Los rostros de Bautista von Schouwen (el *Bauchi*) y Edgardo Enríquez lo dicen todo: los chacales han bombardeado La Moneda, Salvador Allende está muerto. Los golpistas han vencido. Cuenta Andrés Pascal sobre aquella escena: "Miguel se sentó y estaba pálido, conmovido, la mirada fija en el fusil que mantenía entre las piernas. Guardó un prolongado silencio que compartimos con él".

Algún compañero, entonces, se habrá acercado a Miguel para contarle en voz baja la última comunicación de la Tati, desde La Moneda. Miguel habrá escuchado cada palabra, habrá guardado esa frase dedicada a él por parte de Allende y se habrá preguntado una y mil veces qué era lo que comenzaba en Chile esa tarde gris. "Si bien todos fuimos invadidos por la sensación de cólera e impotencia, las condiciones objetivas imponían un repliegue", dirá después. "En Chile no ha fracasado la izquierda ni el socialismo, ni la revolución. En Chile ha finalizado trágicamente una ilusión reformista de modificar estructuras socio-económicas y hacer revoluciones con la pasividad y el consentimiento de los afectados: las clases dominantes", anotará más tarde. De frente al abismo de la dictadura, después del repliegue y la clandestinidad, nace la resistencia. Ahora es el turno del MIR. Y de Miguel. ✦

Andaban tras sus pasos. Hurgaban en los rincones, salían de cacería cada tarde, los buscaban. Años de dictadura le daban a los chacales la experiencia necesaria para la emboscada. Ahí estaban ellos, de uniforme y armas largas, al final del camino. No muy lejos de allí, intentaban escapar -una vez más- Rafael y Eduardo, 18 y 20 años, a las corridas por las calles de Villa Francia. Esta vez, van juntos. La respiración de los dos hermanos, entrecortada, se deja escuchar cuando esperan, agazapados, en cada esquina, antes de seguir con la huida. Se hace tarde ese 29 de marzo de 1985. Los chacales siguen el rastro. Preparan sus armas. Cierran las vías de escape y esperan...

"Dos delincuentes mueren en espectacular tiroteo", dice la prensa cómplice, esbirros de los asesinos. "Dos antisociales mueren al enfrentar a carabineros", titula otro miserable desde su cómoda máquina de escribir. Pero algo se filtra entre tanta propaganda burda. Un testigo observa la escena, el fusilamiento, la miseria de los chacales. El diario reproduce un testimonio: "Yo los vi caer... Uno de ellos trataba de abrazar al otro".

Sobre Rafael Vergara Toledo, escriben Luisa y Manuel, sus padres: "Es pequeño de porte... Muy alegre, chistoso, sus hermosos ojos brillan al reír, juguetón, observador, enamorado de la gente, de los animales y de los insectos. Pasa largos ratos tendido en el suelo mirando el caminar de las hormigas: todos los bichos le llaman la atención. No les teme. Los agarra con las manos, los mira, los examina". Más adelante, añaden: "Rafael es libre por naturaleza. Desde el desgarmo de su vestimenta, con los tirantes caídos, el calzado al revés, hasta un lenguaje que usa a su antojo... Inquieto e intruso, a menudo se mete en problemas, se sube a los árboles, a las paredes, al techo de la casa. Su abuela lo llama el *sindestino*".

Eduardo nace un par de años antes que Rafael. Estudia en la Escuela Experimental de Educación Artística y se suma al trabajo barrial de sus padres en la Comunidad Cristiana "Cristo Liberador", aunque poco tiempo después se aleja de la fe religiosa al mismo tiempo que profundiza su militancia en la Unión de Estudiantes Democráticos. Eduardo es el primero de la familia que se suma a la resistencia, a partir integrarse a las milicias del MIR. En ese momento, les escribe a sus padres para argumentar su decisión: "Es difícil sentirse joven, alegre,



Rafael y Eduardo, semillas del MIR

*"Creyeron que te mataban a la orden de ¡fuego!
Creyeron que te enterraban
Y lo que hacían era enterrar una semilla"*
Ernesto Cardenal

vivir tranquilo... En realidad no se puede; por el contrario, la juventud de hoy ha sufrido mucho y necesariamente la solución definitiva pasará por un camino largo, duro, con muchas penas y derrotas, pero con seguridad con el calor y la luz de la victoria... Entonces muchos decidimos comprometernos más cada día que pasa, asumir una vida política y con ello dar un salto con respecto a nuestro desarrollo". El trabajo político de Eduardo se lleva a cabo principalmente en las poblaciones pobres, allí lo observa Rafael, allí se suma él también a la resistencia desde su lugar, desde sus jóvenes años: "Tenemos que aprender a ser generosos; dejar las trabas atrás; ser sencillamente consecuentes con nuestros principios, con nuestro ser; seguir adelante sin mirar atrás, sin mirar lo perdido. Porque más adelante, en un futuro no muy lejano, tendremos la felicidad de estar juntos, de ser uno solo y seremos felices; seremos tan dignos de la felicidad", anota Rafael.

Esa tarde de marzo de 1985, Rafael y Eduardo estaban juntos, quizá en la previa de alguna acción del MIR en el barrio. Juntos los sorprende un furgón de carabineros, que

informa y da la orden. La emboscada se prepara. Los dos jóvenes miristas, 18 y 20 años, Rafael y Eduardo, escapan. Corren. Pero Eduardo cae herido, le han dado un balazo. Rafael detiene su marcha, vuelve sobre sus pasos y abraza a Eduardo, lo alienta, exige que se levante, que siga

peleando, que juntos van a salir, que no se quede ahí, quieto, que ellos vienen... Ahí, abrazado a su hermano mal herido sobre el asfalto, ellos lo detienen, lo golpean, lo rematan.

Luisa Vergara cuenta una y mil veces la historia de sus hijos. Lo hace desde un dolor que la desgarran, pero también desde una admiración que el tiempo acrecienta. Luisa explica que aprendió mucho de sus hijos, de su compromiso, que llegado el momento y de frente a la decisión militante de Rafael y Eduardo, sus argumentos fueron más fuertes: "Yo les hablaba de temor, de miedo. Y ellos me decían vida, lucha...". Hoy, Luisa y Manolo siguen con su pelea por justicia, denuncian la falta de trabajo, las pocas oportunidades para los pobres, el negocio de los vendedores de pasta base en las poblaciones. Cuando el conflicto estudiantil de un par de años atrás, Luisa tomaba su bicicleta y pedaleaba rumbo a las barricadas cada tarde, con sus 70 años a cuestas, con su bolso lleno de comida para esos pibes que tanto se parecían a los suyos. Los dos escriben hoy: "Cada grito en la calle, cada puño en alto, cada marcha, cada canción de denuncia, cada mural de trazos hermosos; toda palabra de liberación que sale al aire a través de nuestros medios populares de comunicación son gritos de alerta que nos dicen a los que estamos más cansados... ¡Vamos compañeros, compañeras, sigamos, no nos quedemos pegados en esta sociedad de mierda! ¡Hay que seguir peleando!". A veces, muchas veces, Luisa se pregunta cuál es su misión. Ahí está el Manolo, siempre, para responderle: "Seguir hablando, Luisa. Seguir hablando...". ↵

